



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La obra de restauración de la humanidad

Exposición del Mensajero del Eterno

A PRESURAR el día de Dios es lo que el Señor nos recomienda con mucha diligencia. Es hacer venir el bendito tiempo en que las lágrimas serán enjugadas, en que el dolor, la enfermedad y la muerte no existirán más. Por tanto, si la venida del Día de Dios procura tantos beneficios, es una manifestación inefablemente gloriosa a la cual es nuestro deber y nuestro interés asociarnos cuerpo y alma. ¿Hasta qué punto nos asociamos a ella? Es la pregunta que debemos hacernos.

Hay personas que no se preocupan del Día de Dios, y las deja del todo frías. Otros se irritan si les hablan de esto, sobre todo las gentes religiosas. En cuanto a nosotros, ¿hasta qué punto nos ocupamos del Reino?

En efecto, no basta de una manera teórica tenerle poca o mucha simpatía al Día de Dios, sino que es una cosa esencial; requiere de nuestra parte todo el ardor de nuestro corazón para apresurar su introducción.

Es preciso, pues, buscar constantemente el Reino, como lo enseñó el Señor Jesús: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura."

Apresurar el Día de Dios es sólo una teoría para la humanidad, regida por el príncipe de este mundo de tinieblas, mentiras, falsedad, opresión, pecados y contradicciones contra la verdad. En cuanto a nosotros, se trata de probarnos nosotros mismos desde el punto de vista de nuestros sentimientos.

Como lo dijo el Señor: "El Reino de Dios no viene con reclamo, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque el Reino de Dios está dentro de vosotros". (Lucas: 17: 20). El Reino, pues, se manifiesta dentro de nosotros, con la formación de una nueva mentalidad.

Esta nueva mentalidad ha de suplantar totalmente la antigua; por eso somos amablemente invitados a apresurar el Día de Dios. Este trabajo incumbe a nuestra fidelidad, a nuestro celo, a nuestro valor y a la verdadera sinceridad que procuramos realizar.

Por supuesto que el que se asocia a los crímenes y a la deslealtad, tanto de cerca como de lejos, obra muy mal. El que conoce el bien y no lo hace, comete un pecado, como lo declaran las santas Escrituras.

En efecto, teniendo todo en las manos para quitar la maldición de la tierra, para introducir la grandiosa y maravillosa bendición que el Eterno pone delante de nosotros, y no ocuparnos de ella, es en gran manera culpable.

Por eso, cuán solícitos y activos debemos ser para orar y obrar, a fin de que el Reino de Dios se establezca en la tierra lo más pronto posible.

Esto depende de nosotros, como el Señor nos lo hace comprender.

Naturalmente, no es cosa de poca monta tener sólo el Reino de Dios como objetivo; pues no hay que contar con el mundo para ayudarnos a introducirlo. Esta empresa requiere personas de élite, que anden por fe, y es lo que debemos realizar.

El Reino de Dios podía haberse introducido desde la venida de nuestro querido Salvador. Esto requería simplemente haber hecho en aquel tiempo todo lo necesario. Pero no fue el caso; este glorioso programa fue completamente descuidado por el mundo en general. Por lo tanto, desde la venida de nuestro querido Salvador a la tierra, ha habido nacimientos en masa. Ha habido gran cantidad de personas que han pasado sobre la tierra, y que después han desaparecido en la tumba. Afortunadamente que volverán por la resurrección, fruto del sacrificio de Cristo.

Gracias a la maravillosa obra de nuestro querido Salvador, todos volverán, tanto los indiferentes como los que han desatendido las cosas divinas. Incluso, en la tierra restaurada, reaparecerán los que no se han interesado por el Reino de Dios o que le han sido hostiles.

Todo estará dispuesto de manera que cada ser humano pueda aprovechar lo máximo de lo que se le dé por la gracia divina, para que pueda introducirse el Reino de Dios en todos los corazones. Actualmente, tenemos la escuela para hacerlo nacer en nosotros. Para esto son indispensables las pruebas que acontecen, y cuanto más acerbadas, mejores son.

El adversario conoce los corazones de los seres humanos, puesto que es él quien los ha formado. A algunos los adula, les da toda clase de éxitos y muchas facilidades, porque puede emplearlos como preciosos instrumentos en su reino de tinieblas. Es en la escuela que empieza ya la sugestión y el desarrollo del espíritu egoísta, que estimula a los que son más capaces, y a menudo aparta y desprecia a los que tienen menos posibilidades.

Si consultamos la historia, podemos darnos cuenta de que cada vez que alguno ha querido mejorar la situación de la humanidad mediante una moral conforme a las instrucciones dadas por el Señor, inmediatamente esta tendencia ha sido frenada por un levantamiento de protestas. La historia da fe que siempre ha sido así desde el principio, ya con Caín.

Esto continuó con los hermanos de José, que pretendían ser la simiente de Abraham para bendecir a todas las familias de la tierra. Pero ¡qué miserable resultado obtuvieron! En efecto, según la ley de las equivalencias fueron trata-

dos como esclavos en Egipto. Mientras tenían a José como protector, iban tirando bien; pero, poco tiempo después de su muerte, empezó la maldición. Era la equivalencia de lo que habían sembrado.

Vemos también que, según la ley del atavismo, como lo declaran las Escrituras, hasta la tercera generación quedan vestigios de maldición del padre y de la madre. Por otra parte, dicen también que durante mil generaciones se manifiesta la bendición para los que siguen el camino recto. ¡Ahora bien, no hay todavía mil generaciones desde que el mundo existe!

Esto equivale a decir que la bendición se repercute en todas las épocas, y lo vemos como una gloriosa seguridad. Nos muestra que el bien, si lo vivimos, es más fuerte que el mal. Pero si no lo vivimos ¿de qué nos sirve el bien? Teóricamente lo aceptamos, pero prácticamente no lo vivimos; así no puede darnos resultados favorables.

Como acabo de decirlo, si se hubiera hecho lo necesario al principio de la edad evangélica, ya haría tiempo que el pequeño rebaño estaría encontrado, y el Reino de Dios estaría introducido. Es la falta de celo y la infidelidad de muchos llamados que han retardado las cosas hasta ahora.

El Señor, que conoce todo de antemano, nos ha reservado también una ocasión de entrar en la liza, para pelear la buena batalla de la fe e introducir el Reino de Dios en la tierra.

Actualmente, hemos llegado al fin de los tiempos. El Reino de Dios se está estableciendo en la tierra. El Señor nos ha colmado con maravillosos conocimientos, que nos procuran la fuerza necesaria para esta obra colosal.

En el transcurso del largó lapso de tiempo que ha durado el llamado del pequeño rebaño, el real sacerdocio, se ha realizado la reconciliación. Entre los judíos esta reconciliación la representaba simbólicamente el día del gran perdón, durante el cual todo el pueblo permanecía de rodillas. No pensaba en comer, en beber, ni en cualquier otra cosa.

Al atardecer, cuando estaban acabados todos los sacrificios y terminado el símbolo de la propiciación, el sumo sacerdote salía del tabernáculo, vestido con sus vestiduras magníficas. Bendecía al pueblo, y todo el pueblo se ponía de pie prorrumpiendo en gritos de gozo. Todavía hoy los judíos celebran el día del gran perdón, pero no se los oye más prorrumpir en gritos de alegría; ocupan sus pensamientos en cosas muy distintas.

En cuanto a nosotros, a menudo también nuestros pensamientos están en otra parte. ¿Es que prorrumpimos en gritos de gozo delante

del Eterno, que tan maravillosamente nos ha instruido y guiado con su mano protectora? Las gracias divinas sólo son una fuerza vital en el momento en que las apreciamos, si no, pierden toda su eficacia. En cambio, si en el corazón hay la reacción necesaria, sus efectos son poderosos y demostrativos.

Estamos, pues, amablemente invitados a colaborar en esta bendita y gloriosa obra que el Señor nos presenta de una manera efectiva. Como lo sabemos, para esto se trata de contar bien nuestros días. Los días mal empleados caen en el abismo, y no tienen ningún valor. Sólo los días buenos tienen valor, y su recuerdo permanece. Esforcémonos, pues, en contar bien nuestros días, es decir, en realizar solamente días buenos, que son los que apresuran el Reino de Dios.

Todos los comienzos son difíciles, y hemos sido muy poco comprendidos durante mucho tiempo. Pero el Señor pone todo en nuestras manos. En el momento oportuno, todo se realizará de una manera magnífica y maravillosa. Para esto necesitamos ser colaboradores verdaderos de la introducción del Reino de Dios en la tierra, entonces la equivalencia no se hará esperar.

Nuestro querido Salvador ha puesto claramente los caminos divinos delante de nosotros. Nos enseña, en las bienaventuranzas, que los que tienen el corazón limpio verán a Dios, que los que procuran la paz serán llamados hijos de Dios, e introducirán la paz en la tierra secundados por el valiente Ejército del Eterno. Estas son grandiosas y sublimes funciones que deben hacernos conscientes de lo que está delante de nosotros, para ser dignos de este inefable ministerio.

Después de estas diversas explicaciones, podemos comprender perfectamente bien que el Reino de Dios podría establecerse en nada de tiempo en la tierra. ¿Por qué no se establece inmediatamente? ¿Es porque las naciones son simpatizantes o porque son hostiles? No, no es a causa de esto. Es porque no hay aun en el seno del pueblo de Dios la madurez indispensable.

Como lo dijo el apóstol Pedro: "El Señor no tarda en el cumplimiento de su promesa, sino que es paciente con su pueblo". Si cada uno de nosotros fuera ejemplar en su carrera de consagrado, el Señor no tardaría, pero como no es el caso, queda aun mucho por hacer.

Por tanto, es preciso que ahora pongamos en ello todo el ardor y todo el fervor que implica, a fin de alcanzar nuestro glorioso objetivo. Es la unidad del pueblo de Dios que hará al mundo creyente, no lo olvidemos. Donde los hermanos estén juntos en armonía, dice el Salmo 133, es allí donde habrá bendición y la vida eterna.

¡Cuánto nos alegramos de haber sido llamados por el Señor, y de poder asociarnos a esta grandiosa obra! Ella debe ser la preocupación constante de nuestra vida, la cosa esencial para nosotros. Todas las demás cosas no apremian de ninguna manera.

No hay nada que apremie tanto, si no es la introducción del Reino de Dios en la tierra. El tiempo actual es un tiempo bendito por excelencia. Es la época en que la luz va a echar fuera las tinieblas, en que es rasgado el velo que envuelve a los pueblos, y el Rey de gloria va a hacerse cargo del gobierno de toda la tierra, para la bendición y la liberación de todos los seres humanos infelices.

Introducir el Reino bajo la dirección de nuestro Maestro y Señor Jesucristo, es la obra maravillosa que nos está destinada por la gracia

divina. Queremos, pues, dejar todo lo demás a fin de realizar nuestro ministerio.

Comprendemos fácilmente y los hechos lo prueban de sobra, que no hay denominación religiosa cualquiera, que se ocupe de introducir el Reino de Dios en la tierra. Las personas religiosas dicen: "Introducir el Reino, no nos incumbe, es obra del Señor".

Es verdad, pero el Señor emplea siempre a sus queridos hijos en su Obra. La labor que así cumplen es una obra de bendición. El Omnipotente desea que sus queridos hijos sean portadores de bendición, de manera que puedan ellos mismos cosechar todo su fruto.

La mayor bendición ofrecida, la recibió nuestro Señor Jesucristo. El dejó la gloria que tenía junto a su Padre para venir a la tierra a ocupar el lugar del culpable y pagar por él. La equivalencia de la obra de nuestro querido Salvador, es que "Dios le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos y en la tierra". Es una equivalencia gloriosa entre todas.

Pero es que la obra del Hijo muy amado de Dios, manifestada a favor de la pobre humanidad, representa la quintaesencia del amor divino. Los miembros del pequeño rebaño están asociados a nuestro querido y divino Salvador en su obra sublime. También el Ejército del Eterno colabora con todo su corazón en esta obra grandiosa y maravillosa.

Las Escrituras declaran que el Reino de Dios no viene con gran ostentación. Por eso, todos las personalidades políticas y religiosas, el militarismo con tanta chatarra, y los humanos en general, no piensan que el Reino de Dios se establezca actualmente en la tierra, porque no lo ven aparecer con gran reclamo.

El diablo tampoco lo cree, porque considera a los consagrados con sus debilidades y su número tan reducido. El los desprecia, ve que el pueblo de Dios es todavía muy imperfecto; piensa que es imposible que el Reino de Dios pueda establecerse con semejantes individuos. Pero de todos modos se equivoca.

El Señor dijo bien que si el hombre fuerte supiera el momento en que su casa había de ser minada, se pondría en guardia. Era lo mismo cuando Goliat se encontró delante del pequeño David. El gigante Goliat le dijo: "Daré tu carne a las aves del cielo". Pero David mostró que sabía muy bien cómo componérselas: él venció al formidable Goliat.

Será también así para los cuatro imperios representados por la estatua que Nabucodonosor vio en sueños. El vio también una piedra que fue cortada del monte, no con mano, la cual se desprendía del monte; ésta hirió los pies de la estatua y los desmenuzó, y toda la estatua se hizo pedazos.

Los pies de esa estatua estaban hechos en parte de barro cocido, que simboliza la debilidad, y en parte de hierro, que le da la apariencia de tener un fundamento resistente. Sin embargo, como el hierro no liga con el barro, la cohesión es imposible, y toda la estatua se derrumba. Esta es la ilustración de la próxima e inevitable caída de todas las naciones.

No es el Eterno que emplea su poder para destruir las naciones. Él no es un Dios de destrucción, de tormentos ni de muerte, sino sólo un Dios de vida y de bendición. Son las naciones mismas que se encargan de destruirse entre sí, estando totalmente desunidas, y sugestionadas por el espíritu demoníaco.

En efecto, todo se prepara actualmente para la caída definitiva de las naciones y de Babi-

lonia, la cristiandad; todo está preparado para esto. El desasosiego que hasta ahora se ha manifestado va aumentando cada día, y llegará a su paroxismo.

Entonces, como lo muestra el Apocalipsis, los seres humanos asustados y atormentados por el temor, bajo el imperio del espíritu diabólico del dios de este mundo de tinieblas y de mentiras, dirán a los montes: "Caed sobre nosotros, y cubridnos del rostro de aquel que viene para juzgar la tierra".

Todos los que hayan cultivado el pensamiento de que el Eterno es un dios de venganza, de castigo y de destrucción, serán alcanzados, porque ellos mismos se habrán puesto fuera de la protección divina; cosecharán todo lo que han sembrado. Es lo que mostró Malaquías con estas palabras: "Todos los altivos y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día no les dejará ni raíz ni rama. Mas para los que temen al Eterno nacerá el sol de la justicia, y en sus alas traerá la salud".

Es lo que hemos repetido desde hace más de cincuenta años, exhortando a las naciones a entrar en razón. Naturalmente, todo se manifiesta en su tiempo. Ahora ha llegado la época de la realización de esta profecía.

Por tanto, el momento presente es solemne. Será la solución definitiva, podemos estar seguros de ello; es evidente que el ajuste de cuentas será para el mundo, no para los hijos de Dios. Para estos últimos el ajuste de cuentas se manifiesta día tras día, con las correcciones y las pruebas diarias.

En efecto, es cada día que debemos proseguir el cambio de los sentimientos del corazón y del carácter. Tenemos, pues, que ponernos continuamente a tono con el pensamiento del Señor y con su programa, es decir, con el Reino de Dios que debemos realizar y manifestar. El Señor nos guarda, puesto que somos sus pequeños discípulos, sus queridas ovejas que quieren aprender la justicia, la rectitud y la verdad.

Por consiguiente, queremos seguir adelante con este único pensamiento en el corazón: "Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra". Queremos poner toda nuestra alma en este trabajo, para que el poder de la gracia divina pueda hacer su obra en nosotros, y que podamos orar en espíritu y en verdad, y con todas nuestras fuerzas: "¡Venga tu Reino!"



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos apresurado el Reino, combatiendo nuestro egoísmo e interés personal, y hemos existido para el bien?
2. ¿Qué progresos hemos hecho en la fidelidad, la rectitud del corazón, la humildad y la perseverancia en el amor desinteresado?
3. ¿Propagamos siempre la alegría, el optimismo, sentimientos favorables de amor, de paciencia y de valor?
4. ¿Hemos podido desbaratar todas las influencias del adversario para descontentarnos, y sido generosos en favor del prójimo?
5. ¿Hemos dado siempre un ejemplo de dulzura y de bondad, evitado toda distracción y crítica, sido una ayuda amable?
6. ¿Realizamos con valor el renunciamento, vencemos nuestra mentalidad egoísta, es viva nuestra fe y estable nuestra alegría?